



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 18283

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
nero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 24 DE FEBRERO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; J. J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Buena medida

El matonismo, que tiene á los pue-
blos en constante alarma por la fre-
cuencia con que ilustra la crónica ne-
gra, ha decidido al gobernador de la
provincia á dirigir á los alcaldes una
circular recomendando los cacheos.

Por fin se entra en el buen camino.
Y se entra en momento oportuno, en
el período carnavalesco, en estos días
en que mucha gente se tapa la cara
abrogándose el derecho de decir des-
vergüenzas y sostenerlas en el terreno
de los guapos, si aquellos á quienes
ofenden se les ocurre rechazarlas.

El matonismo existe porque hay to-
lerancia para el uso de armas; no la
hubiera y el matonismo desaparecería
aplastado por el ridículo. ¿Qué harían
los matones desde el momento que se
vieran privados del revólver ó de la
navaja, ó el cuchillo, armas asesinas
con las cuales apoyan sus procacida-
des? Comprimirse y recomendarse á la
prudencia. Ahora los que se compri-
men son los hombres de bien, devo-
tando en muchas ocasiones el soporajo
de ser atropellados.

La circular del gobernador de la pro-
vincia viene á confirmar lo que ha
blando de este mismo asunto hemos
dicho tantas veces. Es preciso privar á
la gente maleante de las armas y para
ello es necesario meterles la mano en
el bolsillo para ver si las llevan. Pero
hay que hacerlo á toda hora, por la
mañana por la tarde, por la noche hasta
obligarla á perder la costumbre de ir
siempre prevenida con la navaja, el
cuchillo, el revólver ó el puñal. Practi-
cando el cacheo á toda hora se harán
dos cosas buenas: reintegrar á los hom-
bres de bien en la tranquilidad á que
tienen derecho é impedir que la gente
del bronce derive hacia el presidio.
Porque es seguro que cuando esa ma-
la gente vea que les quitan las armas
y los baldan á multas, sufrirá con pa-
ciencia las flaquezas de sus semejan-

tes y pondrán freno á las provocacio-
nes.

En honor de esta policía debemos
decir que se había adelantado á los de-
sesos del gobernador. Hace tiempo que
viene el señor Calvo practicando ca-
cheos y son muchas las armas que ha
puesto fuera de servicio.

Y ahora redoblará su celo. Conven-
cido como está de que el gobernador
tiene razón cuando dice que hay que
desarmar el matonismo, no arrenda-
mos la ganancia á los que sin licencia
algunas llevan armas. El señor Calvo se
las quitará.

Ahora lo que falta es que no haya
padrinos que quieran proteger á sus
ahijados; porque si los hay, la circular
del gobernador de Murcia dará fru-
tos totalmente negativos á los que se
persiguen.

MEDICINA CASERA

Tengo yo una vida, cocinero,
que tiene su encanto como con quien;
con ideas, b e a t o original, a,
en cuestiones y asuntos m y formales.
Como a sabido que la medicina
tiene mucha influencia en la cocina,
me he dado á meritarla con b a,
y así he conseguido ser ilustre,
pues conozco muchos comensales,
compañías, familias y hasta amigos míos.

U y e q u e a n s c o m m y d i s c r e t a
la aplicación á una que sea una receta
si alguno la cabeza le dolía
ese se sangra no más,—ella decía,—
«tome la sangría», y así lo h e i e n t o,
que aminora el dolor en un momento,
además actúa en la frente
unas buenas fricciones de aguardiente,
y p á g u e n s e n s e q u e n d a
que ese es el medio de alargar la vida.
«Unos baños de pies y un si apilmo
» e a l i v i a n l o m i s m o s .
Y así tranquilamente le enseñaba
todas cuantas recetas me iba recordaba.

Había de los médicos horrores,
todos eran peores;
no o n u b a r b e r o , q u e e l l a c o n o c í a ,
y q u e e r a n o p á m o a y o , l a q u i e n s a b í a
curar los males, tan perfectamente
que tenía pasmada á mucha gente.

Una mañana, mientras yo almo zaba,

me dijo que acababa
de darle una receta su vecina
para curar la muerte repentina;
ha l a z o q u e l a p u s o t a n c o n t e n t a
que, de pura emoción, casi reventaba,
y que á mí me produjo tanta risa
que me saqué un ojo de la canchala.
O r a e l m e d i c o q u e á s u h e r m a n a
le curó una berruga robándole
con a r a n s u n u n a
y unos traguitos de agua de acortanas
receta que, en reserva, le dió un ojo
m y p a c t e o e n c u r a r e l m a d e o j o .

Fuera de estas historias, ella era
buena mujer y buena cocinera.
Pero controlé un día,
que apenas si la podía andar podía;
pues le daban resaca y dolores
en sus extremidades inferiores;
y á las ocasiones de ver con qué frecuencia
se daba, presurosos, alguna amita,
tomaba cocineros y purgantes,
y acababa siempre mal y peor que antes.

Llamé á su paciente,
el que tanta piedad á mucha gente,
y a pesar de su fama y de aquel pasmo,
e q u e á s u p a c i e n t a e l e n t u s i a s m o ,
pues la tuvo de meses resignada,
y así, casi la dejó baldar.

Vino una amiga mía, la tía Ignacia,
que me contó que tenía gracia,
pues nació en la casa de San Juan, enzarzada,
con dos rayos en cruz en la tejada.
D i e e s a p a s e , l u e g o u n a s t r i c t i o n e s ,
nuego a l i n o e n t a n e s o n a c i o n e s ,
produjo e n e f o r m a m i f a t i g a s ,
y me vino uno ó dos y unas migas
para hacer un ensayo, en un momento,
con lo que me quedaba en el estómago,
por el caso el caso, ¿qué podía
ser resultando de una hechicería;
conviene por un, después de todo,
que se curara no pudo hallar modo;
con lo cual resaca lo que la tía Ignacia,
a pesar del zurro, no tuvo gracia.

Viendo yo que los médicos no pasaban
y que los curanderos no curaban,
lo propuse, más tarde, que llamara
a un médico ó que se curara la curaca.
Vino un doctor, que fue de los mejores
p u e s l e q u i e n e n d i c h o d í a s l o s d o s e s .

Después de estar curada,
le dije un día que era gran bobada
que yo fuera á meterme á curandera,
a n o s e r q u e m a n t á s i g u i n q u i s i e r a ;
pues todas las recetas e i n g r e d i e n t e s
resultaban sobrado inconvenientes.
Y así le dije lo que me dijo;
que no se cura el médico, de fijo;

que pensar en tal cosa es disparate
por que ella le rezó á San Cayetano
un Padrenuestro y un Ave María,
y desde entonces tuvo mejoría
quedando demostrado que fué el santo
quien la curó del todo, y por lo tanto,
como a siempre agradecida era,
le había ofrecido los piernitos de cera.

Si no sé qué decir, quedé un momento
aborto con mi misa o pensamiento,
y dije para mí: lo la curadura
padecía siempre de una chifladura;
que ése a q u i e n e s u p r o b l e m a ;
p u e s i g u e e d i l o s o c o n e n t e m a .

Y por estas razones
no me acordé yo nunca en discusiones,
deja de a cada cual con su manía.
Pretender otra cosa es tontería.

Valentín Arróniz.

TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«Corría anoche que el señor García
Prieto había escrito al señor Moret recor-
dándole su resolución de abandonar el mi-
nisterio».

Ya son dos los que quieren marcharse:
el de Hacienda y el de Gracia y Justi-
cia.

En cambio habrá otros que quisieran
quedarse y se quedarán en la escuadra
cuando llegue la hora de la crisis ver-
dad.

En Barcelona siguen los guasones po-
niendo cachivaches que parecen bombas
con el fin de asustar á las gentes.

Y la policía sigue perfectamente de an-
tud.

Los catalanistas han acordado presentar
once enmiendas al artículo primero del
proyecto de ley sobre jurar ficciones.

Tiene razón el ministro de la Guerra al
decir que seguirá ocupando el banco de la
paciencia hasta la semana de pasión.

Po que al paso que lleva el debate y con
esas enmiendas que le van arrimando, no
va á acabar nunca.

Jicen de Olite que al querer un pastor
separar dos toros que reñan, fué corruado
por uno que le echó á la muerte.

El oficio de puericador tiene esa con-
ta.

Una ejemplar entre hombres suele acen-
tuar alguna puñalada.
Hay mil precedentes.

Un periódico de Granada nos explica lo
que es antes de ahora el pueblo de Almu-
ñécar y lo que es en la actualidad.

En tiempo de los moros era una pobla-
ción floreciente.

Hoy... ¿tanto se ha andado para atrás—
dice el colega—que se encuentra esta her-
mosa ciudad sin ninguna vía de comunica-
ción, pues la carretera de la costa no llega
más que á Subbraya y no hay medio hábil
de salir de allí á no ser en globos».

¿De qué ha sido entonces la civiliza-
ción?

Si entráramos en ese camino cami-
nando de espaldas y lo hubiéramos recorrido
al revés?

No queremos pensarlo porque nos da
vorpultura.

El manto en los submarinos

Lo que dice el almirante Aubert

La colisión había días pisado: entre el
submarino francés «Boute» y el acorazado
«Suffren», de la misma nacionalidad, que
pudo haberse evitado una espantosa ca-
tástrofe de haberse realizado el choque del
submarino contra el «Suffren» nos cuen-
tan los periódicos más arriba de la parte in-
mersionada del último, ha se visto para que el
almirante Aubert haya hecho algunas ma-
nifestaciones sobre las atribuciones en el
mando de los submarinos, que considera-
mos dignas de dar á conocer á los lectores,
toda vez que este asunto es de actualidad y
de interés para todos aquellos países que
en sus respectivas escuadras cuentan con
esa clase de buques.

En los primeros tiempos de los submari-
nos, cuando estos buques eran raros, se da-
ba el caso en Francia de que los marinos
de guerra reclamaban en gran número el
mando de los mismos.

El interés ante el carácter científico de
esta navegación submarina y el aspecto po-
ligroso que revestía, atraían á los ofi-
ciales de la Marina francesa, los cuales sabían
que al fin y á la postre serían recompensa-
dos por sus esfuerzos y por su abnegación
con ventajas positivas en su carrera.

Esta elección era tanto más fácil, quan-
to que los submarinos eran entonces poco
numerosos.

compone de terribles venenos por la rápida concentra-
ción de sus deleites, de sus fuerzas ó de sus ideas. Y
cuántos hombres parecen así, víctimas de un ácido moral
que se esparce repentinamente en su corazón!

—¿Qué contiene este caja?... preguntó al entrar en
un grande gabinete, postrer montón de glorias, de huma-
nos esfuerzos, de originalidades, y de riquezas.

Y mostraba con el dedo una caja cuadrada de caoba,
suspendida en un clavo por una cadena de plata.

—¡Ah! caballero, mi señor tiene la llave—dijo el gor-
do mancebo con aire de misterio.—Si desea ver el re-
trato, me aventuraré, por complaceros, á decirselo...

—¿Que os aventuréis!—contestó el joven.—¿Vuestro
amo es algun príncipe?

—Yo... no lo sé...—respondió el mozo.

Y se miraron por un momento tan asombrados el uno
como el otro.

El mancebo, interpretando por un deseo el silencio del
desconocido, le dejó solo en el gabinete.

de Claudio Lorenc; un Guardo Dov parecido á una pá-
gina de Sterne, y cuadros de Rembrandt, de Murillo, de
Velázquez, sombríos y coloreados como un poema de lord
Byron; y después bajo relieves antiguos, piedras de águ-
ta, «conyx» maravillosos; en fin, todos eran trabajos para
cedir el trabajo, obras maestras acumuladas, capaces de
hacer aborrecer las artes y matar el entusiasmo.

Vió una virg n de Rafael, pero ya estaba cansado de
Rafael.

Una figura del Correggio que pedía una mirada, ni aun
pudo obtenerla.

Un vaso inestimable de pórfido antiguo, y cuyas circun-
stancias representaban la más grotescamente li-
cenciosa de las bacanales romanas, objeto que formaba
las delicias de alguna Corina, apenas pudo alcanzar una
sonrisa.

Hallábase sofocado bajo los escombros de cincuenta ei-
glos, enformo de tantos pensamientos humanos, asesina-
do por el ruido y las artes, oprimido bajo aquellas formas
reunientes que parecían á monstruos engendrados á
sus pies por algún genio maligno, le hacían una guerra
sin fin.

Semejante en sus caprichos á la química moderna que
resume la creación por un gas, el alma del hombre se



Tiritaba de frío mirando una nevada del pintor Nieris,
ó se batía contemplando una batalla pintada por Salvator
Rosa.

Acercándose al tomhark del Illinois, sentía levantarse
la piel de su cráneo por el escalpo de un Cherokee.

Maravillado al aspecto de un land, confesólo á la ma-
no de una castellana, escuchando su canto melódico, y
figurábasele estar por la noche junto á una gótica chim-
ne.